

**La duración de los sentimientos, como la de las sensaciones,  
es mayor que la de sus respectivos excitantes**

---

El hecho se explica, en el orden de las sensaciones, por la persistencia de las imágenes sensoriales después de la desaparición del excitante. Este se repliega al punto de su aplicación en el espacio mucho antes de que el órgano vuelva al equilibrio; y no ya el excitante sino su propia imagen consecutiva es causa inmediata de la sensación.

El fenómeno de inercia ó, si se quiere, de prolongación de la de la excitación primitiva, es un hecho que la ciencia comprueba con la aparición de las imágenes accidentales.

Si después de una corta excitación luminosa nos colocamos en la sombra, la imagen positiva de la llama rielará durante algunos instantes en el aire.

Si después de obtener una imagen consecutiva durable, volvemos la mirada á una superficie que no sea plana, notaremos que la imagen negativa se adapta á sus formas y flota á voluntad en el ambiente retínico, sin fijarse en el fondo. (Ej. de Sandford.)

Si las impresiones se reiteran, pierden su carácter para convertirse en una sensación complementaria constante.

Lo mismo sucede con las sensaciones afectivas; y así, el dolor físico dura más que el golpe ó irritante que lo ha producido.

En los dolores continuados, correspondientes á excitaciones sucesivas, la sensibilidad se debilita hasta extinguirse. El enfermo llega á olvidar y hasta amar su dolor. La demoniaca de Dumas no siente ya las desazones de los primeros tiempos de la posesión. Por el contrario, se complace en interpretar los gustos del ser anómalo que lleva en sus entrañas. Este ejemplo puede multiplicarse al infinito por cada uno de nosotros, si nos detenemos á examinar nuestra experiencia diaria.

Nos dirigimos continuamente hacia el dolor por intuiciones de placer, como va el soldado hacia el peligro por intuiciones de gloria.

¿Y por qué? Porque el dolor y el placer son fenómenos que se complementan. No hay placer ni dolor puros. Ocurre á su respecto lo que se observa con las substancias fétidas, que su desagrada-

bilidad decrece con su cantidad, hasta que en un momento preciso del proceso odorífero se perciben efluvios agradables.

El dolor, considerado en su expresión mínima, corresponde siempre á una excitabilidad placentera. Es una sensación de actividad ó esfuerzo que mantiene despierta la personalidad y que por lo mismo agrada.

Sea un ejemplo la retención de orina. El paciente se desagota, sin embargo, á requerimiento del facultativo y si se le pregunta por qué no lo hacía antes, dirá que no había sentido necesidad alguna. ¿Hallábase, acaso, en uno de esos estados neutros descriptos por los autores? Me inclino más bien á creer que se encontraba bajo la impresión de un placer difuso, cenestésico, presidido por los ganglios inhibidores del sistema central, mientras en las subyacentías del psiquismo las toxinas invadían la circulación sanguínea y afectaban la vida.

Con todo, hay que advertir que los dolores físicos provenientes de excitaciones sensoriales, cuando son continuados, se transforman en otra clase de dolores, en congojas y angustias que varían de naturaleza según sea el órgano excitado.

Suele también ocurrir que la anomalía se asienta en una víscera ó en las vías del gran simpático y, en tales casos, ó las vibraciones corresponden á sensaciones anormales que entran en la categoría de las enfermedades viscerales, ó bien, las transmisiones se perturban y dan lugar á ideas y sentimientos irregulares, esto es, á alucinaciones, fobias y tristezas orgánicas.

Aún no se conoce el mecanismo de las modificaciones psíquicas, pero basta saber que las alteraciones orgánicas trastornan la nutrición general y el gran simpático, para que se justifique la transformación del carácter en las personas afectadas desde la anomalía simple hasta la locura visceral ó *simpática*. Entre los dos extremos anidanse los diferentes grados de melancolía, estupor, hipocondría, desesperación de los atáxicos, epilécticos y cardíacos, irritabilidad y depresión de los dispépticos, euforia de los tuberculosos y diastésicos.

He ahí la tristeza orgánica que produce una desazón permanente, muchas veces insentida, pero, siempre aparente.

Para extirpar estos dolores hay que suprimir la causa, arrancar el fibroma, matar el bacilo, curar la víscera enferma. Y aún asimismo, se notarán vestigios de dolor en los órganos mientras el sistema motor no vuelva á su equilibrio y los músculos no readquieran su flexible tonicidad inicial. Porque la sensación es más duradera que la excitación y porque, desaparecida ésta, vive aún aquella á expensas de imágenes generadoras de hábitos más motores que psíquicos.

---

Los sentimientos, especialmente los dolorosos, son también más duraderos que sus respectivos excitantes.

¿Por qué? El problema es más complejo que el anterior.

Si sólo recibo un golpe que no me produce ruptura, ni desgarramiento, vuelto el organismo á su estado de equilibrio, desaparece el dolor.

Si por la mañana pierdo una fortuna que readquiero al mediodía, restablecida mi situación personal sin perjuicio efectivo, desaparece el sentimiento.

Ambos casos son aproximadamente análogos.

Pero supongamos que pierdo uno de los míos. Hemos sido amigos íntimos y nuestras ideas estaban timbradas por acontecimientos comunes. Un día él cae enfermo; y yo soy testigo de su debilitamiento paulatino en un proceso largo en que hay más desilusiones que esperanzas, pero en el que también suelen florecer estas últimas para imprimir á la escasa vida risueños resplandores de alborada.

Esos restos de miradas y de pensamientos expresados con suavidad amable al margen de la existencia no debían ser para mí sino como la evocación de un pasado de energías brillantes representado á través de densas nieblas.

En presencia de esa verdadera muerte frecuentemente animada por nobles sentimientos estéticos, he sentido profundo amor por la desgracia; y ahora mismo, á pesar de los años transcurridos, siento el extraño placer de los recuerdos tristes.

He ahí cosas arraigadas en la naturaleza física y moral, que constituyen algo más que un depósito, una serie de formas de energías debidamente asociadas, impregnadas del mismo calor emocional y aptas para obrar de consuno ó separadamente, por irradiación ó metástasis, según lo indique la ciencia futura, sobre las excitaciones nuevas.

La vista de un enfermo no elevará sobre el nivel normal de nuestros sentimientos ninguna onda emotiva sino reproduce alguno de los estados anteriores. Pero si la sensación actual los sugiere respondiendo á cualquiera de las leyes de la asociación, entonces, la imagen que los constituye vibrará al unísono del pasado, y será acongojante si es rememorativa de la *totalidad* del sentimiento primitivo, ó simplemente afectuosa y tierna, fuente de compasión y simpatía, si solamente lo es de uno ó más de sus elementos.

La excitación es, en consecuencia, breve, y el sentimiento largo.

Aquella desaparece, pero deja una estela que es su propia imagen.

Vuelto el órgano de recepción á su estado de equilibrio, la imagen se aleja de los centros sensoriales sin extinguirse; sigue una marcha ascendente cada vez más complicada é íntima á través de las variadas etapas del sistema psíquico, ya en forma de corriente única ó de energías equivalentes, penetra en los centros superiores, despierta el rico caudal de excitaciones antiguas, promueve movimientos de ondas, polariza cualidades y tonos, ideas y sentimientos, y recorriendo una vía inversa á la originaria, irrumpe sobre los centros y manojos motores para proyectarse á las vísceras, á los músculos de la expresión y á la fuente misma de las lágrimas.

De aquí vuelve de nuevo á los centros superiores en onda refleja hasta integrar la representación emotiva.

La excitación no desempeña función alguna en este laborioso proceso.

Podemos suponer que, desde el principio, nuestra vista se ha apartado del lecho del dolor y que la retina no es ya asiento de proyectadas imágenes. El trabajo posterior será obra exclusiva del sentimiento.

La causa de la tristeza, en estos casos, no reside como en la hipocondría en órganos que pueden suprimirse ó repararse por procedimientos médicos. Tiene su principal asiento en las redcillas de la substancia nerviosa; y si fisiológicamente depende, al decir de Lange y James, de modificaciones musculares y vaso-motrices y en general corpóreas, ó, como lo enseña Sollier, Dumas y otros, de la percepción de las modificaciones cerebrales, psicológicamente depende, según el sentir de Höfding y de los intelectualistas como Herbart y el austriaco Nahlowsky, del flujo y reflujo de las representaciones.

Cuando la causa del sentimiento no es una excitación sino una sensación recordada el resultado es el mismo.

La imagen representativa ocupa sólo un instante el campo de la conciencia y luego se difunde, se une á otras representaciones, se baña del tono de cada una, y penetra en el vasto campo del ignoto psiquismo dejando residuos de excitaciones placenteras ó dolorosas.

Formado á expensas de descargas de representaciones, el sentimiento tiene una embriogenia más lenta que las sensaciones, ocupa las capas más hondas del sistema psíquico y es más perezoso, más difícil de ser desarraigado de la naturaleza física y moral. Los fetuismos son una muestra de la influencia de las representaciones sobre el sentimiento.

Algo más podría aún expresar sobre el origen de los sentimientos, pero esto ha sido ya objeto de otra de mis monografías.

Y aquí recapitulo las líneas precedentes manifestando que el dolor y la tristeza, como seguros reguladores de la vida, son siempre más duraderos que sus respectivos excitantes; que el dolor físico es más transitorio que el moral, porque es más violento, más localizado, porque está menos difundido; y que entre ambos, fulgura á veces el sentimiento orgánico sin previa intervención de la conciencia.

C. RODRÍGUEZ ETCHART.

Profesor de la Universidad de La Plata.